

hombros, le dijo con agraciado sorriso: *Tome Vmd. por donde quisiere, que de pies à cabeza todo soy polvo.* Por el polvo, y por las Estrellas numeró Dios la descendencia de Abraham; y con todo, habiendo de presentar aquel grande Héroe un memorial al Señor, no se acordó de las Estrellas, sino del polvo: porque sabía que aunque el polvo es bageza en el Dictionario del mundo, en el Vocabulario del Cielo, eleva à la mayor privanza.

Ultimamente, tuvo tan mortificado el tacto, sentido que se difunde por todo el cuerpo, que hasta morir no le permitió el menor alivio. Además de los silicios, disciplinas, vigiliias, ayunos, viages, y otras asperas mortificaciones, trajo algunos años una Cruz de madera inmediata al pecho, con afiladas puntas, que le sacaban la sangre. La faja que usaba para la quebradura, mas que faja era un silicio asperísimo: y de aqui se originaba, que quando en los ultimos años se vió precisado à hacer algu-

nos viages à caballo, lo que era al parecer alivio, le servia de duplicado tormento. Tenia abiertas dos fuentes, y el garvanzo que se aplicaba à cada una, eran dos balas de cera tan grandes, que exceden al mayor grano de uba de los que dá el mas fecundo racimo. La medicina que se aplicó para una llaaga que se le hizo en la planta de un pie, fue una piedra, y sujetandola con una correa de cuero, continuó su derrota. En el mismo año en que murió, sufrió un agudísimo dolor que le ocasionó una muela, el tiempo de quatro meses, sin omitir sus Apostolicas tareas, hasta que, por fin, sobreviniendole una ardiente calentura, hubo de descubrir la causa de su quebranto, y se la arrancaron para continuar su ministerio. Por conclusion, fue tanta su inclinacion à mortificarse, que al parecer, el alivio le causaba pena, el canso fatiga, y el gusto amargura, siendo todos sus deseos, sus ansias, y sus ideas, el buscar frecuentes invenciones para crucificarse con Christo.

CAPITULO VI.

DE LA EXACTA OBSERVANCIA CON QUE el Siervo de Dios guardó à la letra la Regla de nuestro Seráfico Padre San Francisco, especialmente los Votos de Pobreza, Obediencia, y Castidad. Y se trata incidentalmente de su continua oracion, y altissima contemplacion, con algunas maravillosas noticias.

Siendo la vida de los Frayles Menores una continua imitacion de Christo Crucificado, y habiendo sido tanto el esmero del V. P. Fr. Antonio en imitar, y predicar à su Magestad con palabras, y con egemplos, se deja inferir plenamente con quanta exactitud cumplió los Votos de la Religion, y todos los demás preceptos de nuestra Seráfica Regla. De su heroica pobreza, con que esmaltó la corona de sus meritos, no se necesita de mas Testigos, ni de mas prueba, que atender à las frecuentes acciones de su vida, sacrificadas todas alegremente, y con gusto, en las aras de la penuria. Contentóse con un Habito de sayal grosero para cubrir su

desnudéz, sin la tunica interior, que permite à sus Hijos el Seráfico Patriarca, hasta los ultimos años de su vida, en que usó de un corto tuniqueillo, sin mangas, para abrigar el pecho, obligado de la necesidad, y aconsejado de prudencia agena. En catorce años que trabajó incansablemente en el Reyno de Guatemala, con su Compañero el V. P. Fr. Melchór, trasegando montañas, trepando riscos, y penetrando incultas soledades, no tuvieron mas caruage, ni mas abrigo que el pobre Habito con que entraron en aquellas Regiones, sin que al fin se pudiese distinguir el fundamento, de tantos remiendos como tenia. Sus paños de honestidad eran de sayalete, sin

usar lienzo en toda su vida. Su pañito de polvos solia ser un pedazo de sayal toscó, para que en caso de perderlo (segun decia) no le doliese. Caminó lo mas de sus peregrinaciones Apostolicas enteramente descalzo, desde el año de ochenta y quatro, deseoso de imitar al Glorioso San Francisco Xavier, luego que reparó con su Compañero, que el Santo caminaba asi de ordinario en sus Evangélicas Conquistas, segun atestiguan las Lecciones de su Rezo.

Quando vivía en los Colegios, ó se hospedaba en otras Comunidades, procuró guardar como prudente la uniformidad mas posible; pero sin dejar de ser un claro espejo de pobreza, y austeridad, en el vestido, y comida, y en lo demás del uso humano, que se permite à los Religiosos. El Ilustrisimo Señor Don Fray Nicolás Delgado, Obispo de Nicaragua, y Costa-Rica, quedó tan edificado de ver el penitente, y roto Habito, con que el Siervo de Dios llegó à hacer Mision à su Obispado, que hizo proposito de mantenerse toda su vida con el que fue Consagrado, y asi lo

cumplió à costa de muchos re-
miendos. El Ilustrisimo Señor Obispo de Comayagua, y Honduras, al egeemplo de Fr. Antonio solo tomaba en su visita unos frijoles, y tortillas, sentado en la tierra sobre una estera. El Licenciado Don Francisco de Valenzuela, quedó lleno de admiracion al ver, que quando el bendito Varon entró para las montañas de Guatemala, no quiso cargar siquiera un alfiler para sacarse las niguas, animalillos muy perjudiciales, de que abundan mucho aquellas tierras, y anidandose entre las carnes, se multiplican brevemente con estrago, si no se sacan. Por fin, el amor à la santa Pobreza, que tuvo este verdadero Hijo de nuestro Padre San Francisco, y los egeemplos que dejó de su observancia, fueron tan excesivos, que haviendose clavado en una ocasion una estaca en el pie, de que quedó bien lastimado, se abrigó el pie herido, con una sandalia, dejando al otro sin calzado, porque lo tenia bueno. De esta forma fue prosiguiendo su camino, emulando à aquel alado Espiritu del Apocalypsis, teniendo un pie

pie sobre la tierra que pisaba con la sandalia, y el otro desnudo sobre el mar alborotado del mundo, hollando su vanidad, y soberbia.

De su admirable Obediencia, en cuya Nave surcó los mares, y corrió tantas Provincias, y Reynos, son pregoneiros todos sus pasos, sin dar alguno en que no rindiese su alvedrio al yugo suave del precepto, como quien tenia aprisionadas todas las propensiones de la propia voluntad. Sabía que quien obedece à los Superiores, reconoce en ellos la Magestad, y Soberanía de Dios, como en ambos Testamentos lo tiene definido el Señor por David, y por San Lucas, y en esta mira, egecutaba sus mas leves insinuaciones, como si fueran preceptos. Del mismo modo miró à sus Directores Espirituales, por cuyo consejo niveló sus mortificaciones, ó se mortificó resignado, quando le suspendian el rigor de sus penitentes egercicios. En las ocasiones que fue Prelado, él mismo se buscaba industriosamente Superior à quien obedecer, comunicando sus dudas con Sugetos experi-

mentados de dentro, ó fuera del Colegio, y se gobernaba por su dictamen, sin discrepar en un ápice. Lo mismo egecutaba quando iba por los caminos, prefiriendo para qualquiera empresa las determinaciones de los Compañeros, aunque fuesen mucho menores en experiencias, letras, edad, y Habito. Nunca dió lugar à que gritase el amor propio, que por su genial altivéz, no gusta de la sujecion: y por lo tanto, cuidó de tener siempre à quien obedecer, aunque fuera à un Indio, y en algunos casos à las mismas bestias. En una ocasion, que no sabía el camino para el Lugar donde caminaba, le dijo à su Compañero: Por donde fuere aquel animal, por alli quiere Dios que vamos. Fueron siguiendole los pasos, y en breve dieron con el camino real, disponiendo su Magestad, que ni en lo material errase la senda, quien por su amor se sujetaba à una irracional criatura.

Tenía tan sepultado el parecer propio, que en otro lance en que el muy Reverendo Padre Comisario General, instado de los empeños de la Audiencia de

Guatemala le escribió à la Provincia de Tejas, para que encomendando à Dios el venir para dicho Reyno, ò permanecer en aquella nueva Conversion, hiciese lo que el Señor le dictase, leyó delante de los Religiosos, que alli havia, la Carta, y dijo con donoso estilo: Nuestro Padre Comisario me dice, que haga en esto lo que Dios me dictare: no me lo manda Dios, pues su Paternidad muy Reverenda no me lo manda, pudiendo, siendo el Dios visible, que puede mandarme lo que quiera. Con esto se quedó muy sereno, esperando lo que de nuevo le mandase la Obediencia, por medio del Guardian, y Discretorio del Colegio de Zacatecas, realzando el merito con la accion de ofrecerse pronto à ejecutar como precepto, lo que libremente dejaba el Superior Prelado en su arbitrio. Quando en la ultima entrada que hacía à la Talamanca, le alcanzó la Obediencia para que viniese al referido Colegio, no dió un solo paso mas, sino que al punto tomó la vuelta, por mas instancias que le hicieron los Soldados, y su Compañero. De

tal manera veneraba la voz de Dios en la de los Prelados, que solo se puede dar à entender en parte este asunto, trasladando las siguientes razones, que escribió al Colegio de Guatemala, en ocasion que sus Alumnos deseaban su compañía, y les respondió de esta manera:

Digo en presencia de Dios, que mi corazon no está puesto ni en la Nueva-España, ni en Guatemala, ni à mi parecer, en criatura ninguna, sino en solo su Magestad, à quien ruego, que me tenga, ò me envíe donde fuere su Santissima Voluntad: pues hasta ahora, por su gracia, y misericordia, así ha sido. Quando me quiso en Queretaro, me tuvo en Queretaro; quando me envió la primera vez à Guatemala, me tuvo catorce años en compañía de aquel Serafin el V. P. Fr. Melchór. Otra vez me volvió à Queretaro, y otra vez de Queretaro à Guatemala, y de Guatemala à este de Zacatecas; y de aqui hará lo que quisiere: pues no deseo otra cosa, sino hacer su santissima voluntad; y creo, que por esto me ha ido bien en todas partes. Así lo de-

cia

cia el Siervo del Señor, y era tan puntual en la práctica de estas máximas, que preguntándole en una ocasion otro Misionero, sino le llamaba el amor al Pulpito, y Confesonario, à causa de haverse ausentado los Indios de una de las Misiones de Tejas, le respondió muy sereno: Jesu-Christo estuvo treinta años sin abrir la boca para predicar, solo por cumplir la voluntad de su Eterno Padre; y yo me estaré aqui todo el tiempo que Dios quisiere, por medio de la Obediencia, aunque no se convierta ningun Indio. Por fin, en el fiel de la balanza de su estimacion, pesaba tanto la Obediencia, que en el siglo nunca declinó de la sujecion à sus Padres, Maestros, y Directores; y en la Religion veneró tan ciegamente la voz de Dios en los Superiores, que estimando como precepto una insinuacion del Prelado General, salió enfermo de esta Ciudad, para ir à morir en Mexico. Por manera, que si bien se reflexiona la vida de este gran Siervo de Dios, halláremos, que procuró imitar en la obediencia à San Pablo, obe-

deciendo siempre con gusto, y sin recalcitrar: A Dabid, obedeciendo sencillamente, y sin fingir: A San Andrés, obedeciendo con velocidad, y sin tardar: A San Pedro, obedeciendo sin falsear, y con fortaleza: A estos, y demás Discipulos del Salvador, obedeciendo con humildad, y sin presumir. Y por conclusion, imitó al mismo Christo, perseverando obediente hasta la muerte.

Por lo que mira à su insignisima Castidad, y Pureza, facilmente se pueden inferir de su austeridad, y mortificaciones, que quedan ya referidas en el curso de esta Historia. En defensa de esta virtud santissima, comenzó à batallar contra sí mismo, aun antes que brotasen en su edad los viciosos estímulos de la malicia, que nacen juntamente con la razon, como espinas en la circunferencia del grano. Y como sabía que los sentidos del Cuerpo suelen ser los primeros que abren brecha, para su estrago, y ruina, procuró sujetarlos desde niño, para que fuesen vigilantes centinelas, que diesen pronto aviso de que se acercaba el enemigo

à

à sus muros, para que la plaza de su candidísima alma, no padeciese algun quebranto. Con esta cautela, y con sus continuos recursos à sus Santos Patronos, y à la Santísima Virgen, se conservó virgen purísimo en cuerpo, y alma, y dió à esta virtud muchos triunfos. A cierto Religioso del Colegio de Zacatecas le dijo en una ocasión confesándose: *Bendito sea Dios, que hasta ahora no sé como tienen el rostro las mugeres.* A otro del Colegio de Guatemala, que lo confesaba frecuentemente, y le causaba admiracion su pureza, le respondió con sencillez, y humildad: *No se espante V. R. que es privilegio que el Señor me ha concedido; porque desde la edad de siete años estoy puesto en los brazos de Christo Crucificado.* Y para abreviar, al Confesor que lo confesó generalmente para morir, le declaró, que jamás havia marchitado los candores de su castidad, por especial favor, y merced del Cielo.

Esta sola excelencia es bastante para fundar sobre ella un argumento sólido de que el Señor le concedió muchas gra-

cias, que no han llegado à nuestra noticia. Por sola la virginidad merecieron las Cecílias, y Valerianos la vista clara de los Angeles. Las Columbas, y las Darias triunfaron de la ferocidad de las fieras: Goldesinda fue alimentada por mucho tiempo con manjares del Cielo: Flavia fue ricamente vestida con luces celestiales; y Estefano, llamado Arvernerse, respiraba de su cuerpo una suavísima fragancia. Con estos, y otros innumerables dones enriquece el Padre Divino à los virgenes: y de Fr. Antonio atestigua el Sermón de Honras, predicado en Guatemala, que quando andaba en Misiones en tierras calientes, sudaba tanto, que aflojándose la cuerda, retorció el Habito, y se le secaba en el cuerpo, por no tener otro de remuda, ni tunica para mudarse. Y con todo, siendo natural que despidiese algun olor desapacible, por la humedad de la lana, era tan al contrario, que antes bien exhalaba una suave fragancia, que parecia cosa del Cielo. En fin, por su virginidad, y pureza invicta conocia por el olfato à las almas pu-

puras, y castas; y es de creer, que conoceria tambien, qual otro San Felipe Neri, à los que manchados con el vicio de la sensualidad, lo buscaban para tratar negocios, y confesarse, segun las máximas tan sentenciosas con que hablaba à cada uno en su lengua, ò respondia al temple de su necesidad. Y por conclusion, la virginidad de este Venerable, y Angelical Misionero, se grangea los mayores elogios, y se hizo digna de especiales cariños del Cielo, por haver guardado intacta la nieve de su pureza, no solo en las grutas, y soledades, que son el lugar propio para conservarla, sino entre los peligrosos respiraderos, que arroja incessantemente el abysmo, para que arda el fuego de la lascivia. Esta puede ser la principal razon, à mi ver, porque la Santísima Virgen MARIA lo tomó tan à su cargo; y nuestro Seráfico Padre San Francisco le presentaba un ramo de Azucenas, segun queda dicho en el Capitulo tercero de esta segunda Parte.

Purificado tan perfectamente de lo terreno, llegó à tan al-

to grado de oracion, que se puede asegurar con verdad, que ella fue el fuego con que se nutría esta racional Salamandra, ò el espiritu vital de esta Ave del Parayso, ò el pasto con que se alimentaba esta extática Criatura. Desde niño tuvo el cuidado su virtuosa Madre de que se ocupase en este utilísimo ejercicio, haciendo retirar à toda su familia de un aposento, que tenia destinado para este fin. Y como los que desde su tierna edad buscan à Dios, tienen tanta facilidad para hallarlo, lo elevó su Magestad por toda su vida à tal esfera de oracion vocal, y mental, que no necesitaba de recogerse à los Templos, y à los Coros, para tratar, y conversar con Dios, sino que en todas partes, y à todas horas parece que tenia ociosos los sentidos, arrebatado el espiritu, elevado el entendimiento, y deificada la voluntad. Asi lo demonstraban sus conversaciones con los Religiosos dentro del Claustro, ò con los Seglares en las calles, y en sus casas: y lo que es mas, à mi ver, asi lo comprobaban las pocas palabras que solía hablar con los

Compañeros en los caminos, quando de rendidos se solian retirar à la sombra de algun árbol, ò de algun peñasco, para respirar de los ardores del Sol. En todos estos casos daba frecuentes muestras de lo adelantado que estaba en la oracion, y contemplacion, qual otro Abrahán, bajo la encina de Mambré, ò qual otro Moysés, junto à la Zarza de Oréb.

No hubo à quien no arrebatase la atencion, que quando el Siervo de Dios salia à hacer alguna jornada, luego à los primeros pasos comenzaba à teger una devota cadena de egercicios santos, alternando con los que le acompañaban. Rezaba el Divino Oficio, proseguía con la Corona de la Reyna de los Angeles, continuaba con la Via-Sacra, insertaba otras vocales oraciones, y por variar de trabajo, ò disimular los incendios de su pecho, solía proponer algun caso de Moral, ò algun punto de nuestra Seráfica Regla. Quando vivia en los Colegios, era siempre el primero en asistir al Divino Oficio, Oracion, y otros actos de Comunidad: y quando todos sa-

lian à tomar algun reposo, se quedaba él descansando en elevadísima contemplacion. Nadie lo vió jamás un instante ocioso, ni confabular despues de cenar, y comer, aun en las casas del siglo, quando la caridad, ò necesidad lo obligó à quedarse en ellas; ni con sus mismos Compañeros, en los desiertos, y soledades del campo. En las recreaciones, que se permiten algunos días en los Colegios, y vulgarmente llamamos Asuetos, asistia con sus Hermanos, por conformarse con la Comunidad; pero siempre procuraba tratar con religiosa cautela materias de edificacion, sin tomar jamás en sus manos instrumento alguno de juego, procurando al mismo tiempo retirarse con industrioso disimulo à la sombra de algun árbol, ò à otro parage de la Huerta, para tratar con el Amado de su alma, y recibir luces del Cielo, como forastero de este mundo, qual otro Jacob entre las arenas de la Syria.

De lo dicho podemos inferir, ¿qué haría este espectral Varon los ratos que se recogia en la Celda? En ella tenia dos

ar-

argollas fijas en la pared con dos clavos grandes, en tal proporcion, que asido de ambas, quedaba en cruz; y quantas horas del dia, y de la noche se podia desocupar de sus tareas, las empleaba en esta penitente postura, meditando la Vida, Muerte, y Pasion de Christo, tomando de continuo nuevos puntos para orar, meditar, y contemplar, y sublimandose como Aguila generosa à poner su vista en el Sol Divino. De este modo trabajaba con todas sus potencias, y sentidos, por copiar en sí al vivo un retrato de su Amado, haciendo tanto mas autentico el testimonio de sus abrasados incendios, quanto mas procuraba disfrazar el artificio que le servía de teatro para el referido egercicio: pues estaban con tal disimulo los clavos, que parecia, que solo podian servir para colgar otras cosas. Este modo de orar puesto en cruz, le era tan familiar, que en los caminos se ponía el baculo frecuentemente sobre los hombros, y tendía sobre él los brazos, como dando à entender, que asi caminaba con mas descanso: y quan-

do podia ocultarse de algun curioso registro, los reclinaba sobre las ramas de los Arboles, haciendo de ellas cruz, para imitar en profunda oracion, y contemplacion elevadísima à su Crucificado Dueño. Y si los desiertos fueron lugar tan à proposito para que lloviese el Maná à los Israélitas, ¿quantas delicias, y ternuras, quantos regalos, y favores, quantos arrobos, ò extasis no lograria Fr. Antonio en estos casos?

Hallandose en las Misiones de Tejas, al levantarse un dia de la mesa despues de comer, se puso en pie, arrimado à una pared, y quedó fuera de sí. Estuvo suspenso el Compañero, observando tan maravillosa novedad; pero volviendo el Siervo de Dios à sus sentidos, le aumentó en gran modo la admiracion, porque inmutado el semblante, decia, y repetia algunas veces: *Ya coló, ya coló.* Picóle la curiosidad al Compañero, y despues de algunas porfias santas, averiguó, que las referidas palabras, hacían alusion à cierta Persona difunta, cuya salvacion le havia manifestado el Señor: de lo qual,

Hh 2

le

le havia sobrevenido tal ímpetu de ir al Cielo, que no pudiendo reprimirle, havia quedado enagenado, como forastero de toda sensitiva pasion. Tratando en el mismo País con otro Religioso los medios que parecian mas oportunos para la estabilidad, y buen lógro de las conversiones, inculcó algunas palabras devotas, que no eran del intento. Con esto se le fue encendiendo el rostro poco à poco, y elevando los ojos al Cielo, prorrumpió en la siguiente expresion: ¡ Oh Bondad! *Quantos han muerto hasta el presente*

en el Instituto, la lograron, y se los llevó Dios. Otros casos quedan ya referidos, que aluden à este mismo asunto. Pero muchos mas que los que han llegado à nuestra noticia, puede congeturar la piedad, con saber, que quando el V. P. estuvo à la muerte en el Colegio de Zacatecas, el año de veinte y tres, entre otras cosas admirables, le dijo muy tierno à su Confesor: *Gracias à Dios, que siempre me he mantenido con su ayuda en el interior Reyno del alma.*

CAPITULO VII.

GRACIAS GRATIS DATAS, Y DONES sobrenaturales con que Dios enriqueció al V. P. Fr. Antonio, para la utilidad común; y se refieren algunas curaciones milagrosas.

PARA referir algo de lo mucho con que el Espíritu Santo adornó à Fr. Antonio con gracias maravillosas, para espiritual, y corporal provecho de sus progimios, será preciso gobernarme

por la célebre division, que de ellas hace el Apostol San Pablo, tratando una por una de todas: bien, que por la multitud de prodigios no las podré ceñir à la brevedad de un Capitulo. Manifestó primeramente

el

el Dón de Ciencia, explicando los Arcanos Mysterios de nuestra Santa Fé Cathólica, con tal expediente, y claridad, que hasta los mas rudos, y cerriles quedaban brevemente instruidos en su inteligencia perfecta. No fue menos señalado en el Dón de la Sabiduría, y Entendimiento, segun las máximas de doctrina celestial, con que hablaba de los secretos de la Deidad, y dirigía por las deliciosas sendas del Parayso à las almas: de todo lo qual ya queda hecha mencion en varios de los antecedentes Capítulos, como tambien de su admirable, y excelentissima Fé, y asi tengo por demás el repetirlo con extension. Por lo mismo, pasaré à referir algunos casos, que demuestran la gracia de sanidad, que le comunicó el Señor, dandole virtud sobre las enfermedades, en testimonio de su gran merito.

Hallandose gravemente enferma, con peleña de todo el cuerpo, una Religiosa del Real Convento de Santa Clara de Jesus de esta Ciudad de Queretaro, negociaron las Religiosas, que entrase el V. P. Fr. Antonio à confesar, y consolar à la

enferma. No se escusó el Siervo de Dios de obra tan caritativa; y aunque por complicacion de los accidentes, tenia la doliente un tumor de vientre espantoso, que con sus vapores crasos la tenia sorda, quedando à veces como fuera de juicio, por los repetidos espantos que le sobrevenian, con todo se consiguió el que la confesase muy despacio, y con mucha dilatacion de su corazon afligido. Dijole despues sobre la cabeza, y vientre los Santos Evangelios, con otras devotas oraciones, que acostumbraba rezar para alivio de los enfermos, y se despidió, dejandolas à todas muy consoladas. Sucedió todo lo referido por la tarde, pero asi que por la noche le llevaron à la enferma la cena, se sentó por sí misma, sin saber como, y con tal expedicion, y agilidad de sus impedidos miembros, que dando un buelco para arriba, tocó el cielo de la cama con la cabeza, diciendo con alegres voces: *Ya estoy buena: Ya estoy buena.* Sin embargo de esta novedad estraña, las Religiosas que se hallaban presentes no daban credito à su dicho: y sospechando

de